

EL EQUILIBRIO EUROPEO.

JUGUETE CÓMICO, EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

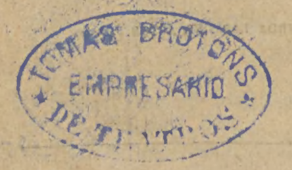
ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR D. EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA Y D. MANUEL GOMEZ DE CADIZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades, de Madrid, la noche del 14 de Diciembre de 1878.

Al eminente primer actor D. José Sanchez Albarran

Los autores.





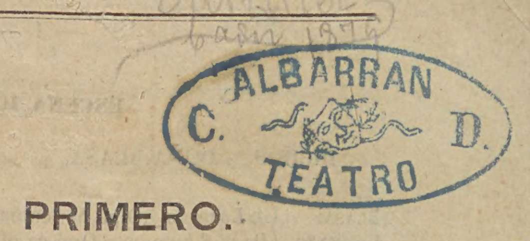
MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA.	SRA. D.ª MERCEDES GARCÍA.
DOÑA BLASA.	» » CONCEPCION RODRIGUEZ.
JULIA.	» » MARÍA GARCÍA.
LUIS.	SR. D. JOSÉ VALLÉS.
EL CONDE.	» » JULIO RUIZ.
JUSTINO.	» » FEDERICO TAMAYO.
D. BERNABÉ.	» » SALVADOR LASTRA.
D. MÁRCOS.	» » JOSÉ ALVERÁ.
LORENZO.	» » JUAN JOSÉ PALACIOS.
UN SEÑOR.	» » LUIS MAZZOLI.

Bañistas de ambos sexos, bañeros, pescadores, camareros, etc.

La accion del primer acto se supone en una playa de baños inmediata á la frontera francesa.—La del segundo, en Madrid.—Época contemporánea.

ENTIÉNDASE POR DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR.



ACTO PRIMERO.



Una playa de baños inmediata á la frontera francesa. Al frente, el mar. A la derecha, en primer término, una caseta con ruedas y dos ó tres escalones que la dan acceso; sobre la puerta, que deberá dar frente á la escena, un rótulo que dice: «Inútil»; en el costado que mira al público, una ventanilla con persianas. En segundo término, algunas casetas más, segun lo permita la capacidad del escenario. A la izquierda, en primer término, una caseta de apariencia más ordinaria, sobre cuya puerta hay un cartel con gruesos caractéres, que dice: « Antonio, bañero de señoras. » En segundo término, la fachada de la fonda, con una pequeña grada que comunica con la puerta. Delante de la puerta de la fonda y de la caseta de Antonio, dos ó tres veladores y sillas de hierro. Desde que se levante el telon, y siempre que no perjudique al interes del diálogo, una porcion de bañistas, pescadores, bañeros, etc., deben cruzar la escena en todas direcciones. Algunos bañistas toman chocolate en los veladores. Junto al más inmediato al proscenio hay un Señor sentado, teniendo delante una copa vacía.

ESCENA PRIMERA.

BAÑISTAS, BAÑEROS, PESCADORES, etc., UN SEÑOR; en seguida, LORENZO, por la fonda.

UN SEÑ. (*Tocando las palmas y gritando mucho.*) ¡Mozo! ¡Eh! ¡Mozo!

LORENZO. (*Sale corriendo de la fonda.*) ¡Vaaa!

UN SEÑ. ¿Qué debo?

LORENZO. Diez y seis cuartos.

UN SEÑ. Ahí van dos reales. (*Dándole una moneda.*)

LORENZO. Muchas gracias.

UN SEÑ. (*Yéndose.*) Luégo me darás la vuelta. (*Entra en la fonda.*)

LORENZO. (*Mirándole alejarse.*) ¡La vuelta! ¡Habrá miserable! Es claro; quieren pagar los baños á costa de uno.

Acto 1º

ESCENA II.

DICHOS, y DOÑA BLASA, que sale de la fonda con su doncella.

BLASA. (*A Lorenzo.*) Oiga V., camarero.
LORENZO. (*De mal humor.*) ¿Qué se ofrece?
BLASA. ¿Qué noticias tiene V. hoy del agua?
LORENZO. ¿De qué agua?
BLASA. Del agua del mar.
LORENZO. ¡Ah! Pues nada. Allí está como siempre.
BLASA. Eso ya lo sé. Quiero decir si está fria ó templada.
LORENZO. Señora, el mar no tiene más que un grifo.
BLASA. Usted sí que necesita un grifo.
LORENZO. ¿Yo? ¿Dónde?
BLASA. Vaya V. noramala. (*A la doncella.*) Tú te bañarás ántes que yo, y podrás decirme cómo está el agua. ¡Ay, qué nerviosa me siento desde ayer tarde! (*Vánse por la derecha entre las casetas.*)
LORENZO. ¡Demonio de vieja! Todos los dias há de hacerme la misma pregunta.

ESCENA III.

DICHO. EL CONDE y DON BERNABÉ por la fonda. El primero de estos personajes es muy corto de vista, usa quevedos y lleva pantalon negro precisamente.

fonda

CONDE. Bien, bien: ya hablarémos de eso otro dia. ¿Está preparada la caseta de la Condesa mi esposa?
BERNABÉ. Sí, señor.
CONDE. ¿Es aquélla? (*Por la primera de la derecha.*)
BERNABÉ. No, señor; esa tiene roto el fondo.
CONDE. ¿Es esa otra? (*Indicando entre bastidores.*)
BERNABÉ. Tambien está desfondada.
CONDE. ¡Diablo! ¡Qué mal andan aquí de fondos!
BERNABÉ. La caseta de la señora Condesa es aquélla. (*La última de la derecha.*)
CONDE. Bien: no olvide V. que hay que colocar dentro algunas flores. Eso será muy de su agrado. (*Se pasea por la escena. Don Bernabé va detras.*)
BERNABÉ. Ya he dado órden para que las traigan.

CONDE. ¡Ah! Y que coloquen la alfombra impermeable desde la caseta al mar.

BERNABÉ. Está preparada.

CONDE. Un piscolábis para despues del baño.

BERNABÉ. No faltará.

CONDE. ¡Bravo! *(Deteniéndose de pronto y encarándose con él.)* Es V. un secretario muy activo, y repito á V. mi ofrecimiento de condecorarle con la cruz de San Basilio.

BERNABÉ. Señor Conde... *(Haciendo una reverencia.)*

CONDE. ¡Oh! Sí, sí: será V. condecorado. Sólo espero la autorizacion del Príncipe heredero de Polonia para extender esa órden por toda España.

BERNABÉ. El príncipe Rainero es tan amable, que no podrá ménos de otorgar al señor Conde la autorizacion que le ha pedido.

CONDE. Así lo espero. Desde que nos conocimos hace dos años en Viena, el Príncipe no ha dejado de honrarme con su amistad; y una prueba de ello es la importantísima mision que trata de confiarme.

BERNABÉ. ¿Una mision diplomática?

CONDE. ¡Chist! más bajo. Tengo para mí que este asunto ha de alterar por completo el equilibrio europeo.

BERNABÉ. ¡Diantre! ¿Pues de qué se trata? Digo, si no es indiscrecion.

CONDE. Se trata de... *(Mirando con gran misterio ántes á todos lados.)* Todavía lo ignoro; pero de seguro es cosa grave.

BERNABÉ. (Quedo enterado.)

CONDE. Por el correo de hoy espero recibir más instrucciones. El Príncipe me ha mandado esperarlas en estas playas...

BERNABÉ. ¡Ah, ya! Por eso hemos dejado á París tan precipitadamente.

CONDE. Por eso, y porque la salud de mi esposa la Condesa lo exige así.

BERNABÉ. Pues yo creo que tambien el señor Conde deberia bañarse.

CONDE. ¿Por qué?

BERNABÉ. ¡Oh! Sería un medio eficacísimo de combatir esa debilidad que experimenta en la vista.

CONDE. Efectivamente; lo que me sucede es muy extraño. A corta distancia no distingo con mucha claridad; pero cuando me pongo los lentes...

BERNABÉ. ¡Ya! Entónces...
CONDE. Distingo ménos.
BERNABÉ. ¡Es posible!
CONDE. Lo que V. oye.
BERNABÉ. Nada; pues á bañarse en seguida.
CONDE. Busquemos ántes un bañero de confianza para la señora Condesa.
BERNABÉ. Perfectamente. Y de paso preguntarémos si ha llegado el correo.
CONDE. ¡Hola! ¿Se desea atrapar la cruz de San Basilio, eh? (*Dándole golpecitos en el hombro.*)
BERNABÉ. Señor Conde...
CONDE. Usted la atrapará, hombre, V. la atrapará... Cuando yo se lo digo á V... (*Vánse por el foro izquierda.*)

ESCENA IV.

LORENZO limpiando el velador y arreglando las sillas. JUSTINO sale por la izquierda; trae un pantalon de buen córte, pero de un color sumamente extravagante.

JUSTINO. ¡Mozo! ¡Una chica fuerte! (*Sentándose al lado del velador.*)
LORENZO. ¡Calle! ¡El señorito Justino!
JUSTINO. ¡Hola, Lorenzo!
LORENZO. Usted siempre hecho un figurin.
JUSTINO. ¡Ah! ¿Lo dices por mi pantalon? Es un nuevo modelo que quiero imponer á la Europa elegante.
LORENZO. ¡Oh! Pues es de mucho gusto.
JUSTINO. (Este debe saber.....) Dime, Lorencillo, ¿conoces tú á la señora de Benitez? (*Con misterio.*)
LORENZO. ¡Ya lo creo! ¿Una jamona alta, gruesa, coloradota?
JUSTINO. La misma.
LORENZO. ¿Ha entablado usted amistad con ella? (*Con intencion.*)
JUSTINO. ¡Psh! Así, así. Hemos quedado en vernos luégo...
LORENZO. ¡Ya! Durante la pleamar. (*Irónicamente.*)
JUSTINO. ¿Eh? ¿Cómo sabes tú?...
LORENZO. Esa es la hora en que su marido se va de pesca. Coincidencias que uno observa á fuerza de práctica.
JUSTINO. ¡Ya! ¿Conque entónces la pleamar no es una coincidencia nueva para mí?
LORENZO. ¡Ca! No, señor.

JUSTINO. (¡Pues me he lucido!)

LORENZO. Mucho ojo, porque el marido tiene un geniazo..... El año pasado hartó de palos á otro señorito de Madrid, sin duda por...

JUSTINO. Ya: por cuestion de mareas.

LORENZO. Probablemente.

JUSTINO. (Pues no tendrá gracia que á mí...) (*Haciendo ademan de pegar.*)

(*D. Bernabé sale por la izquierda, seguido de varios mozos que conducen flores.*)

BERNABÉ. Vamos, vamos; daos prisa, y colocadlo todo artísticamente. (*Entra con los mozos en la caseta de la Condesa, saliendo todos á pocos instantes y desapareciendo por el foro izquierda.*)

JUSTINO. ¡Hombre! ¡Flores en una caseta! ¿A quién pertenece?

LORENZO. A una Condesa, por cierto muy hermosa.

JUSTINO. ¿Y quién es ese viejo?

LORENZO. El secretario del marido.

JUSTINO. ¡Segun eso, es casada!

LORENZO. Sí, con el Conde del Olmedillo: un diplomático que va siempre cargado de cruces y que no ve más allá de sus narices.

JUSTINO. Es el tipo del verdadero diplomático. (*Se oye por el foro derecha una gran gritería. Varios bañistas y bañeros corren del foro izquierda al foro derecha.*)

JUSTINO. ¿Eh? ¿Qué sucede? (*Mirando por donde suenan las voces.*)

ESCENA V.

DICHOS y LUIS por el foro derecha, en traje de bañero.

LUIS. Nada; no hay que alarmarse. (*Hablando con los de dentro.*) ¡Repito que no ha sido nada! (*A Lorenzo.*) Tú, lleva un poco de vinagre; ¡vivo!

LORENZO. En seguida (*Entra en la fonda: á poco sale con una botella desaparece por el foro derecha y vuelve luégo á la fonda.*)

LUIS. (¡Maldita vieja! ¡Así se hubiera ahogado!)

JUSTINO. ¿Qué ha sido eso, bañero?

LUIS. Nada; que.. ¡Calle! ¡Justino! (*Reconociéndole.*)

LUIS. ¿Qué quieres? Yo encuentro un placer en ellas, así como tú en mudar de pantalon cada cinco dias.

JUSTINO. Es que yo tambien tengo entre manos una conquista...

LUIS. Si es como la de Pepita Jimenez...

JUSTINO. ¡Ay, querido Luis, ¡no me la nombres! Aun siento que mi corazon se electriza con su recuerdo!

LUIS. Pero, hombre, ¡enamorarte de una humilde actriz para que luégo te suplantára por un príncipe polaco!

JUSTINO. Yo tuve la culpa. Miéntras el Príncipe la deslumbraba con sus riquezas y hasta la ofrecia llevarla al altar, yo me consolaba participando mis ánsias amorosas á los bastidores del teatro.

LUIS. Procedimiento sietemesino.

JUSTINO. Recuerdo una noche en que, estando embobado mirándola, me dejaron caer un telon que por poco me rompe la crisma.

LUIS. Bien lo merecias por tu simpleza.

JUSTINO. ¡Es que si tú hubieras conocido á Pepita! Pero como te hallabas ausente de Madrid...

LUIS. ¿Y continúa en relaciones con el Príncipe?

JUSTINO. Eso creia yo, porque desde que abandonó el teatro no supe más de ella. Pero la lectura de este suelto me induce á creer que ha sido burlada por su amante. (*Saca un periódico y se lo da.*)

LUIS. Veamos. (*Lee.*) Aquí se anuncia la venta judicial de todos sus muebles.

JUSTINO. ¡Desgraciada Pepita! (*Guardándose otra vez el periódico.*)

LUIS. ¡Bah! No pienses en eso. Olvídala de una vez, y dedícate, como yo, á enamorar á cuantas veas. A propósito; ¿y la conquista de que me hablaste hace poco?... (*D. Márcos sale de la fonda con caña y avíos de pesca, atraviesa la escena y desaparece por el foro.*)

JUSTINO. Mira. (*Señala á D. Márcos.*)

LUIS. ¡Cómo! ¿Es esa?

JUSTINO. Hombre, no. Ese es el marido.

LUIS. Comprendo: ¿piensas aprovecharte de la pleamar?

JUSTINO. ¡Qué! ¿Tú sabes acaso?...

LUIS. Conozco mucho á ese matrimonio. Él es de... Palencia. (*Con intencion.*)

JUSTINO. ¿Eh? ¿Qué quieres decir?

LUIS. Nada: hay sus escollos, como en todo.

JUSTINO. Naturalmente: á buen bocado...

LUIS. Buen garrotazo.

JUSTINO. ¡Demonio! Desisto de mi empresa.

LUIS. Mal hecho. Eso demuestra cobardía.

JUSTINO. ¿Yo? ¿Cobarde yo, con este geniazo que Dios me ha dado?

LUIS. Entónces es que desconfias de tus recursos para rendir la plaza.

JUSTINO. Tampoco. Con este pantalon no hay virtud que se resista. En fin, para probarte quién soy yo, voy ahora mismo á tomar mis posiciones. Luégo nos verémos. (*Echa á correr por la fonda.*)

LUIS. San Benito de Palermo vaya contigo.

ESCENA VI.

LUIS, y luégo el CONDE por el foro izquierda.

LUIS. Pues, señor, ya no tardará la Condesa en bajar á la playa. Alerta, Luis, y no dejes escapar esta ocasion que la suerte te proporciona. ¡Calle! ¡El marido! Preparémonos á desempeñar nuestro papel. (*Se aparta á un lado.*)

CONDE. ¡Diantre de secretario! ¡Pues no desaparece dejándome solo en medio de la playa, expuesto á romperme el alma contra una caseta! ¡Digo! ¡Y eso que le he prometido condecorarle! Pero, es claro, sabe que para obtener una cruz lo mejor es no merecerla, y por eso... (*Reparando en Luis.*) ¡Ah! Aquí está. ¡Gracias á Dios, hombre, gracias á Dios!

LUIS. Señor Conde... (*Saluda y se acerca.*)

CONDE. (*Reparando su error y cambiando de tono.*) Gracias á Dios que encuentro un bañero.

LUIS. Pues aquí estoy á sus órdenes.

CONDE. No, no soy yo quien lo necesita. Es mi esposa la Condesa.

LUIS. Mejor.

CONDE. ¿Eh?

LUIS. Digo... que mejor bañero que yo no podia V. encontrar. ¿No ha leido V. mi muestra? (*Indicándosela.*)

CONDE. No. (Ni la veo tampoco.)

LUIS. (La cosa marcha.) Yo soy Antonio, el bañero de moda; enseño la natacion en sesenta lecciones...

ESCENA IX.

LUIS; luégo DOÑA BLASA por el foro derecha.

LUIS. ¿Que me estoy poniendo en ridículo? ¡Demonio! ¿Habré yo hecho una tontería presentándome á ella bajo este disfraz? Voy sospechando que sí. Hay mujeres que no consienten que se les haga el amor sino de frac y corbata blanca, y esta Condesa debe ser de ese número. Pues no hay nada perdido. Me pondré lo más elegante posible; le haré la córte en toda regla; la seguiré á Varsovia, á San Petersburgo, á... Sí; pero para eso necesito dinero, mucho dinero. ¡Si yo encontrára un medio de... ¡Dios mio! ¡La vieja!

BLASA. ¡Luis! (*Saliendo muy deprisa, y con acento romántico.*)

LUIS. Señora, estoy muy deprisa.

BLASA. Un momento. No vengo á dirigir á V. reconvenciones impropias de una señora de mi clase. No pretendo que me explique V. el significado de ese disfraz, ni quiero tampoco encarecerle un afecto tan mal pagado como bien sentido.

LUIS. (Ya empezamos.) Señora...

BLASA. Corramos un velo sobre lo pasado. Hoy deseo tan sólo demostrar á V. mi gratitud por el acto heroico que ha llevado á cabo.

LUIS. ¿Un acto heroico?

BLASA. Sí, Luis. Usted me ha librado hace un instante del furor de las olas, y esto merece una recompensa.

LUIS. No, señora; muchas gracias.

BLASA. Todo cuanto poseo sería poco para pagar tamaño beneficio.

LUIS. Repito que...

BLASA. Para dar á V. una prueba de ello, estoy dispuesta á devolver á V. la escritura que otorgó á mi difunto esposo.

LUIS. (¿Eh? ¿Lo dirá de véras?) ¡Señora, V. quiere confundirme!

BLASA. ¿Rehusa V.?

LUIS. (¡Qué diablos! Cuando ella misma me la ofrece...)

BLASA. ¿No me responde V.? ¿Será posible que ni áun sea permitido á un corazon sensible el consuelo de la gratitud?

LUIS. Mire V., doña Blasa; vamos claros: yo... es cierto que la he salvado á V. la vida; pero... ha sido sin intencion.

BLASA. ¿Cómo?...

LUIS. Quiero decir, que... ninguna mira interesada me ha impulsado á ello.

BLASA. Lo sé. Usted es un caballero, y eso me basta.

LUIS. Pero una vez que V. se empeña en entregarme esa escritura... ya que V. me obliga por la fuerza á recuperar mis bienes...

BLASA. ¿Y bien?

LUIS. Estoy decidido. Y aunque sea exponiéndome á las murmuraciones de los envidiosos... haré el sacrificio de aceptar.

BLASA. ¡Oh! Gracias, Luis. *(Le da la mano con efusion.)*

LUIS. No hay de qué, señora.

BLASA. No sabe V. el bien que me ha hecho.

LUIS. Por eso he aceptado solamente.

BLASA. Dentro de breves instantes parto para Madrid, donde me llama un asunto de la mayor urgencia. Acompáñeme V., y verá si sé cumplir mi palabra.

LUIS. ¿Cómo? ¿A Madrid? ¿Con V.?

BLASA. Es donde tengo la escritura.

LUIS. Pero... (pues es verdad...)

BLASA. ¿Vacila V.?

LUIS. (El caso es atraparla cuanto ántes.) Bien; partirémos juntos.

BLASA. (¡Oh dicha!) Pues dentro de media hora vendré á reunirme con V. en este sitio.

LUIS. Corriente.

BLASA. Adios, Luis. *(Le da la mano muy conmovida.)*

LUIS. (¿Otra te pego?) *(Dándosela de mala gana.)*

BLASA. (Partirémos juntos. ¡Aun podrémos amarnos!) *(Entra en la fonda.)*

ESCENA X.

LUIS, DON MÁRCOS, que sale por el foro derecha y entra en la fonda.— Despues JUSTINO, luégo LORENZO y despues DON MÁRCOS.

LUIS. ¡Demonio de mujer! Antes tanta resistencia en darme la escritura, y ahora me la entrega sin más ni más. Si querrá por ese medio obligarme... Pues trabajo le mando. De cualquier modo que sea, ya ten-

go oro, oro en abundancia, porque llego á Madrid, rescato todos mis bienes, los convierto en metálico, y estoy aquí de vuelta ántes que la Condesa salga para Varsovia. ¡Caramba! Me parece que va entrándome la chifladura. Pero no importa: los españoles todo lo sacrificamos por unos ojos bellos... y yo, en ese particular, soy español ántes que todo... No quisiera ausentarme sin verla otra vez. Sin duda debe andar por la playa. (*Vase por el foro.*)

JUSTINO. (*Sale de la fonda muy asustado y se deja caer en una silla.*) ¡Uf! ¡De buena me he librado! El marido ha vuelto de su pesca ántes de tiempo, y he tenido que saltar por la ventana.

LORENZO. ¡Señorito, escóndase V. pronto! (*Saliendo muy deprisa.*)

JUSTINO. ¿Qué pasa?

LORENZO. Que el marido anda buscándolo á V. para matarle.

JUSTINO. Tranquilízate; he saltado por la ventana, y no ha podido verme más que de espaldas.

LORENZO. Sí; pero conoce el pantalon.

JUSTINO. ¡Caracoles! (*Dando un brinco.*) ¡No habia yo caido en eso!

LORENZO. Y trae en la mano un garrote. (*Vase por la fonda.*)

JUSTINO. Sí, el garrote de la pleamar. ¡Asesino! ¡Va á triturarme! ¡Oh, aquí! (*Se mete en la primera caseta de la derecha, y cierra.*)

MÁRCOS. ¡Dónde está ese bribon! (*Sale de la fonda muy furioso y con un garrote en la mano.*) Necesito toda su sangre!

JUSTINO. ¡Qué bruto! (*Por la ventanilla, y cierra.*)

MÁRCOS. En esta caseta. (*Abre la caseta de Antonio.*) ¡Nadie! A ver aquí! (*Abre otra caseta, se oyen dentro gritos de mujeres y retrocede.*) Demonio! No; pues yo le he de encontrar aunque se esconda en el fondo del agua. (*Desaparece entre las casetas.*)

ESCENA XI.

JUSTINO, luégo LORENZO.

JUSTINO. (*Asomándose por la ventana.*) Ya se aleja. ¡Gracias á Dios! Sí; pero es el caso, que no puedo moverme de aquí. Este maldito pantalon se distingue á cien leguas.

LORENZO. (*Sale de la fonda y mira alrededor.*) ¿En qué habrá parado la zambra?

JUSTINO. ¡Chist! Lorenzo! (*Llamándole.*)

LORENZO. ¡Calle! ¡Señorito, mire V. que esa caseta está desfondada!

JUSTINO. Por fortuna lo he visto á tiempo. Pero ahora lo importante es que me traigas otro pantalon.

LORENZO. ¿Yo? ¿De dónde? No tengo más que éste. (*Por el que lleva puesto.*)

JUSTINO. Pero te será fácil cambiar el mio por otro cualquiera. (*Le arroja su pantalon.*)

LORENZO. ¿Cómo?

JUSTINO. Toma, y haz lo que te digo. (*Le arroja un portamonedas.*)

LORENZO. ¿Oro? (*Cogiéndolo.*) Pues, señor, atrapo el primer pantalon que vea, y dejo este en su lugar. (*Desaparece entre las casetas llevándose el pantalon de Justino.*)

JUSTINO. ¡Por vida del pantalon! A punto ha estado de costarme unos cuantos chichones. Estoy convencido de que el ser hombre notable tiene muchos inconvenientes.

LORENZO. (*Trayendo un pantalon negro, que da á Justino.*) Vaya, tome usted.

JUSTINO. Dios te lo pague.

LORENZO. (Ahora, allá se las entiendan. Afortunadamente nadie me ha visto.) (*Entra en la fonda.*)

ESCENA XII.

JUSTINO en la caseta. LA CONDESA y su Doncella salen por la derecha y se detienen á hablar en el centro del escenario.

JUSTINO. ¡Lo ménos me sobra media vara!

CONDESA. (*A la Doncella.*) Avísame en cuanto el señor Conde concluya de bañarse.

JUSTINO. (¡Calle! ¡Yo conozco esa voz!) (*Asomándose á la ventana.*)

CONDESA. Ya sabes cuál es su caseta. (*Vase la Doncella.*)

JUSTINO. (¿Si estaré soñando?)

CONDESA. (Es preciso marchar de aquí cuanto ántes: la osadía de ese hombre podria comprometerme.) (*Se dirige á la fonda.*)

JUSTINO. (¿Se marcha? No: pues yo he de probar...) ¡Pepita!

CONDESA. ¿Eh? (*Volviéndose rápidamente.*) ¡Cielos! ¡Justino! (*Viéndole.*)

JUSTINO. ¡Pepita! ¿Pero es usted? (*Muy alegre.*) ¿No me engaño?

CONDESA. ¡Silencio, por Dios!

JUSTINO. ¿Pues qué ocurre?

CONDESA. (¡Dios mio! Si le oyeran....) Salga V. de ahí.

JUSTINO. Voy en seguida. Estoy en los últimos detalles. (*Desaparece.*)

CONDESA. ¡Oh, qué maldito encuentro! Y sin embargo, es perciso que yo tenga con él una explicacion. Afortunadamente Justino es un buen chico.

JUSTINO. (*Saliendo de la caseta.*) Vamos; aquí estoy ya. ¿Sepamos qué es esto? ¿Qué es de usted? ¿Qué mudanza es ésta? (*Durante esta escena, siempre que no perjudique al interes del diálogo, Justino, á quien los pantalones le están largos y anchos, se tira de ellos hácia arriba.*)

CONDESA. ¿Cuento con su discrecion?

JUSTINO. Pues, quién lo duda, Pepita? Yo sigo siendo para usted, como siempre, su amigo leal, ya que no me fuera dado despertar en V. otro sentimiento más sublime.

CONDESA. ¿Qué quiere V. decir?

JUSTINO. ¡Ay, Pepita! Ya comprenderia V. que yo me despepitaba por esos pedazos.

CONDESA. ¿Es posible? Si nunca me dijo V. nada.

JUSTINO. Porque yo he sido siempre un jóven comprimido. Pero áun estamos á tiempo ¿eh?

CONDESA. Imposible. Ahora ménos que nunca.

JUSTINO. ¿Cómo? ¿Por qué?

CONDESA. Porque estoy casada.

JUSTINO. ¡Casada! ¿Con el Príncipe polaco?

CONDESA. No tal. El Príncipe desapareció de Madrid á poco de comenzadas nuestras relaciones.

JUSTINO. ¡Ah, bribon! Bien me lo temí. De modo que V...

CONDESA. Huérfana, abandonada, víctima de las murmuraciones y la calumnia... ¿Lo creerá usted? ¡Hasta pensé en el suicidio!

JUSTINO. ¡Jesus, qué miedo!

CONDESA. Averigüé que el Príncipe se hallaba en París; y reuniendo el poco dinero que me quedaba, me lancé en su busca; pero el infame habia partido el dia anterior á mi llegada. Calcule V. mi situacion, en un

país extranjero, falta de recursos, y alojada nada ménos que en el Gran Hotel.

JUSTINO. Efectivamente.

CONDESA. Pero mi destino estaba fijado. La fortuna se cansó de serme ingrata, y á los tres meses de estar en París, la pobre actriz conocida por Pepita Jimenez se trasformaba en Condesa del Olmedillo.

JUSTINO. ¡Cómo! ¿Es su marido de V. ese diplomático?...

CONDESA. ¿Le conoce usted?

JUSTINO. No; pero se habla aquí mucho de ustedes. Dicen que el Conde es así... algo excéntrico...

CONDESA. Sí; pero es honrado, leal, y yo soy y seré para él, no sólo una esposa intachable, sino una amiga sincera.

JUSTINO. ¡Oh, y hace V. perfectamente, Pepita! (*Fuerte.*)

CONDESA. ¡Chist! No me llame V. así. (*Bajo.*) Pepita Jimenez ha muerto para el mundo.

JUSTINO. Luégo es decir que el Conde ignora.... (*Bajo.*)

CONDESA. Ya sabe V. que Pepita Jimenez es el seudónimo que yo adopté al entrar en el teatro. El Conde me conoce por mi verdadero nombre.

JUSTINO. Vamos, ahora me explico que la justicia se encargue de pagar las deudas de V...

CONDESA. ¿Cómo?

JUSTINO. Sí: vendiéndole á V. ántes todos los muebles.

CONDESA. ¿Qué quiere V. decir?

JUSTINO. ¿Pero V. no sabe nada?

CONDESA. ¿De qué?

JUSTINO. Lea V., lea V. y verá. (*Le da el periódico.*)

CONDESA. ¡Cielos! ¡Estoy perdida! (*Despues de leerlo para sí rápidamente.*)

JUSTINO. ¿Por qué?

CONDESA. Porque he dejado á mi doncella encargada de la casa hasta encontrar un medio de arreglar mis asuntos en Madrid...

JUSTINO. ¡Y bien!...

CONDESA. Y sin duda no ha tenido tiempo de avisarme lo que ocurre. ¡Ay Dios mio!

JUSTINO. ¿Pero qué le importan á V. unos muebles que no habian de servirla para nada?

CONDESA. Es que en uno de ellos está la correspondencia del Príncipe: cartas confidenciales: revelaciones de cierta índole: detalles íntimos...

JUSTINO. ¡Pero Pepita!... (*Fuerte.*)

CONDESA. ¡Condesa!... (*Bajo y reprendiéndole.*)

JUSTINO. (*Bajo.*) Condesa, sosiéguese V.; yo no veo motivo para que se apure V. de ese modo.

CONDESA. Pero ¿no ve V. que esas cartas pueden caer en manos de alguno que las publique ó se las envíe á mi marido?

JUSTINO. Señora, no creo que haya nadie que se atreva á cometer esa infamia.

CONDESA. Esas cartas son el único testimonio de mi pasado, y yo necesito apoderarme de ellas á todo trance.

JUSTINO. Bien: pues si en algo puedo servirla...

CONDESA. Sí, sí: no se aleje V. de este sitio. Voy á disponer... Luego nos verémos. Sobre todo, ni una palabra, ¿eh?

JUSTINO. ¡Ah, por supuesto! (*Vase la Condesa á la fonda.*) ¡Pobre chica! ¡Y yo que la hubiera hecho tan dichosa! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE y DON BERNABÉ por el foro derecha. El primero viene en mangas de camisa y trae puesto el pantalon de JUSTINO, que deberá estarle muy ajustado y corto. DON BERNABÉ trae en la mano dos pliegos sellados y lacrados.

CONDE. Pero ¿á qué vienen esos aspavientos? ¿Por qué me hace V. salir de la caseta á medio vestir y con tal precipitacion?

BERNABÉ. Porque allí estaba presente el bañero y no me ha parecido oportuno delante de él...

CONDE. Bien: sepamos qué ocurre.

BERNABÉ. ¡Friolera! Que han llegado las instrucciones del Príncipe Rainero.

CONDE. Corriente. Luego las leerémos. (*Yéndose.*)

BERNABÉ. Es el caso, señor Conde...

CONDE. ¿Qué? (*Deteniéndose.*)

BERNABÉ. Que en la alta política, un minuto de dilacion ocasiona á veces grandes conflictos.

CONDE. Es muy cierto. Desgraciadamente, yo no soy dueño de mí: me debo al equilibrio de Europa, y estoy obligado hasta... ¡Achist! (*Estornuda.*) hasta á constiparme si es preciso. ¡Achist!

BERNABÉ. Si el señor Conde quiere cubrirse... (*Le ofrece su sombrero.*)

CONDE. Venga. (*Se lo pone.*) ¡Achist! Pues, señor, bien puede decirse que soy un mártir de la diplomacia. (*Se sientan junto al velador del proscenio.*) Veamos este pliego. (*Abriendo un pliego.*) ¡Achist! ¡Cuando digo que soy un mártir!

BERNABÉ. Si el señor Conde quiere mi gaban... (*Se lo quita y se lo echa encima al Conde.*)

CONDE. No hay inconveniente. Aquí dice... (*Poniéndose el pliego junto á los ojos.*) ¿Sabe V. que veo ménos que antes de bañarme?

BERNABÉ. Es natural.

CONDE. Entónces ¿cómo me lo aconsejó V?

BERNABÉ. Es que áun no se ha verificado la reaccion.

CONDE. Lo que sí creo es que he engordado un poco.

BERNABÉ. Bien puede ser. (¡Qué pantalon tan raro! ¡Estos diplomáticos tienen unas cosas!)

CONDE. Vamos, tome V. y lea cuanto ántes. (*Le da el pliego.*)

BERNABÉ. ¡Ah! (*Dando un grito de alegría, despues de repasarlo.*)

CONDE. ¿Qué es eso?

BERNABÉ. ¡La autorizacion, señor Conde, la autorizacion para extender por toda España la órden de San Basilio! (*Muy alegre.*)

CONDE. ¿Ve V.? Cuando yo prometo una cosa... Usted será el primero que ostente la cruz. Es decir, el segundo, porque yo tengo esa y todas cuantas se conocen. Veamos este otro pliego. (*Se lo da. Don Bernabé lo abre.*)

BERNABÉ. Viene cifrado.

CONDE. ¡Hola! Eso implica gravedad. Procure V. traducirlo fielmente.

ESCENA XIV.

DICHOS y LUIS por el foro derecha.

LUIS. (*Saliendo.*) Pues, señor, no he logrado verla. (*Repara en el Conde.*) ¡Calle! ¿El Conde aquí? (*Entra en su caseta de puntillas y se asoma á la ventana.*)

BERNABÉ. «Omega 27, modus vivendi.» (*Leyendo.*)

LUIS. (Qué dice?) (*Escuchando.*)

CONDE. Adelante.

BERNABÉ. ¡Achist! (*Estornuda y el Conde le pone su sombrero.*) Muchas gracias. (*Leyendo.*) «Ochenta mil uno. Kalikoski.»

CONDE. ¡Kalikoski! Eso quiere decir gravísimo.

LUIS. (¿Qué lengua será esa?)

CONDE. Procedamos á la traduccion.

BERNABÉ. Es muy sencilla. (*Siempre mirando el pliego.*) Se trata de salvar de un grave compromiso al Príncipe heredero de Polonia! (*Leyendo despacio y con dificultad, como el que está traduciendo.*)

CONDE. ¡Cuando yo decia que era grave!

LUIS. (Esto promete.)

BERNABÉ. El Príncipe tuvo relaciones en Madrid con una jóven actriz de singular belleza, conocida por Pepita Jimenez.

LUIS. (¡Hola! ¡Hola!)

CONDE. ¡Psh! ¡Caprichos de príncipes! (*Con desden.*)

BERNABÉ. Pero dicha jóven conserva en su poder várias cartas amorosas del Príncipe... ¡Achist!

CONDE. Continue V. (*Le echa el gaban por encima.*)

BERNABÉ. Y se teme en Varsovia que Pepita Jimenez, despechada por el abandono del Príncipe, dé publicidad á esas cartas, lo cual podria impedir el enlace de éste con la princesa Elena.

CONDE. La heredera de las minas de oro de Dalmacia.

LUIS. (¡Cuánto oro!)

BERNABÉ. Es preciso, por lo tanto, sin pérdida de tiempo, y cueste lo que cueste, apoderarse de esas cartas.

LUIS. (He aquí un magnífico negocio.)

BERNABÉ. Para que la diplomacia no se mezcle en este asunto, el señor Conde se presentará en casa de la susodicha actriz bajo el nombre de Simon de... Val... No comprendo. De Val...

CONDE. ¿Divieso?

BERNABÉ. Eso es: Simon de Valdivieso.

CONDE. ¿Hay señas?

BERNABÉ. Sí, señor. (*Lee.*) Pepita Jimenez vive en Madrid, calle del Arenal, seis triplicado.

LUIS. (Ya sé todo lo que necesito.) (*Desaparece.*)

CONDE. (*Levantándose.*) ¡Mision importantísima! Ya lo ve V., Su Alteza deposita en mí toda su confianza; con que no hay que perder tiempo. Corramos al tren.

BERNABÉ. ¡Cómo, señor! ¿De esta manera?

CONDE. Es verdad: voy á vestirme. Vaya V. á esperarme á la Estacion, y cuidado con decir una palabra, ni áun á la Condesa.

BERNABÉ. Así lo haré.

CONDE. Ya sabe V. mi divisa. «Mutismo é impasibilidad.» A fuerza de no decir nada, he conseguido que todo el mundo me escuche. ¡Vamos, hombre! (*Bernabé se ha quedado extasiado oyéndole.*)

BERNABÉ. En seguida. (*Vase corriendo por el foro izquierda.*)

ESCENA XV.

EL CONDE. Despues LA CONDESA por la fonda, con una sombrilla en la mano. Luégo JUSTINO.

CONDE. Si mi esposa supiera que voy á casa de una actriz, podria creer... Lo mejor es desorientarla.

CONDESA. Gracias á Dios que te encuentro. (*Sale muy deprisa.*)

CONDE. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿No sabes? Tengo que marchar ahora mismo.

CONDESA. ¡Cómo! ¿A dónde?

CONDE. A... Lóndres. Se trata de un asunto del mayor interes para el equilibrio de Europa. Una conferencia relativa á un túnel por debajo del Mississipí.

CONDESA. ¿Y cuánto tiempo durará eso?

CONDE. Cinco ó seis dias.

CONDESA. ¡Seis dias! (*Triste.*) (¡Me he salvado!) (*Alegre.*)

CONDE. Comprendo que te doy un gran disgusto con esta ausencia, pero no hay otro remedio. Tú me esperarás aquí, ¿eh?

CONDESA. Como quieras.

CONDE. El vapor vá á salir dentro de breves instantes. Retírate á la fonda...

CONDESA. Voy á la caseta á recoger mi sombrilla. (*Ocultándola.*)

CONDE. (*Estornudando.*) ¡Achist! ¡Cuando digo que soy un mártir!) (*Vase apresuradamente por la derecha.*)

CONDESA. ¡Seis dias! ¡Tengo tiempo suficiente!

JUSTINO. ¿Y bien? (*Sale deprisa.*)

CONDESA. A las nueve salimos los dos para Madrid. (*Vase á la fonda.*)

JUSTINO. ¿Los dos? ¿Pues y su marido? En fin, ella sabrá lo que hace. ¡Diablo de pantalon! (*Vase á la fonda pisándose el pantalon y dando tropezones.*)

ESCENA XVI.

LUIS, que sale de su caseta vestido con elegancia. Despues EL CONDE, DON MARCOS y DOÑA BLASA.

LUIS. Pues, señor, por lo visto la suerte se ha empeñado en protegerme. Más vale así. Si logro atrapar las cartas

del Príncipe, mi fortuna está asegurada. Rescataré mi escritura pagando mis deudas, y así no tendré que agradecer nada á esa vieja impertinente y ridícula. (*Mirando el reloj.*) Falta sólo un cuarto de hora para que salga el tren, muy apurado. Apresurémonos.

CONDE. (*Sale vestido, corriendo.*) ¡Caballero, sálveme V.! ¡Un hombre quiere matarme! Sin duda es un enemigo de la Polonia.

LUIS. ¿Qué dice V.?

CONDE. Sí; no hace más que gritar: «He reconocido el pantalon.»

LUIS. (¡Calle! ¡El pantalon de Justino! ¿Qué será esto?)

CONDE. Si ese hombre me mata, ¿qué va á ser de la Europa? (*Con entonacion dramática.*)

LUIS. (¡Ah, qué idea!) Entre V. ahí; yo respondo de todo. (*Le empuja hácia la primera caseta de la derecha.*)

CONDE. Gracias, caballero. (*Andando empujado por Luis.*) Cuente V. con la cruz de San Basilio. (*Entra en la caseta.*)

LUIS. (Y van dos.) (*Cerrando la caseta.*) Ya son mias las cartas. (*Echa á correr y se encuentra con doña Blasa, que sale de la fonda.*)

BLASA. Luis, ¿á dónde va V.?

LUIS. ¡Al infierno! (*Vase.*)

BLASA. ¡Cómo! (*Echa á correr detras de Luis; D. Márcos sale al mismo tiempo y la detiene.*)

MÁRCOS. Señora, ¿ha visto V. pasar por aquí...

BLASA. Déjeme V. en paz. (*Le da un empellon y vase corriendo por donde se fué Luis.*)

MÁRCOS. ¡Rayos y centellas! (*Á este tiempo se oye un crujido de tablas que se rompen, y un grito del Conde dentro de la caseta. El fondo de ésta se hunde. Las piernas del Conde pasan á traves de él. Don Márcos se vuelve al estruendo, se agacha y reconoce el pantalon. Furioso, quiere abrir la caseta, y viendo que no puede, empieza con el garrote á golpear las piernas del Conde.*) ¡Qué veo! ¡El pantalon! ¡Miserable!

CONDE. (*Gritando y dando saltos.*) ¡Socorro! ¡Socorro! (*Acuden por todos lados bañistas, bañeros, pescadores, camareros de la fonda, etc., etc. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete amueblado con gusto y elegancia. Una puerta en primer término á la derecha; dos á la izquierda, y una en el foro. A la izquierda, un armario con la cerradura sellada. Al foro, en el ángulo de la derecha, un biombo abierto. Velador con recado de escribir, timbre, etc.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, sentada junto al velador, leyendo un papel que tiene en la mano.

JULIA. (*Leyendo.*) «Y constituida doña Julia Fernandez, doncella al servicio de la llamada Pepita Jimenez, depositaria de los objetos dichos y de los sellos puestos hoy sobre un armario conteniendo papeles...» (*Declamando.*) ¡Vamos, si cuanto más lo leo... ¡Yo depositaria de los sellos! Es decir, que me han convertido en funcionaria pública. ¡Pues, señor, estamos frescos! Y á todo esto mi señorita sin parecer, ni escribirme, ni nada. No; pues lo que es yo, el mejor dia tomo la puerta, y ahí queda eso.

ESCENA II.

DICHA, y JUSTINO por el foro.

JUSTINO. ¡Julia! (*Muy agitado.*)
JULIA. ¡Calle! ¡El señorito Justino! ¿Qué milagro es éste? ¿Usted por aquí al cabo de tanto tiempo?
JUSTINO. Sí, yo mismo...
JULIA. ¡Jesus! ¡Qué agitacion! ¿Qué tiene V.?
JUSTINO. Quiero que me expliques en seguida lo que sucede en esta casa.

JULIA. ¿Lo que sucede? Pues si lo sabe todo Madrid.
JUSTINO. Bien; pero la venta que se anuncia ¿cuándo va á tener lugar?
JULIA. Pasado mañana.
JUSTINO. (¡Respiro! El viaje no ha sido inútil.)
JULIA. ¿Y no sabe V. nada de mi señorita?
JUSTINO. Sí: muy pronto vas á verla. Está alojada en el hotel de París, y me ha mandado adelantarme para explorar el terreno... ¿comprendes?
JULIA. Pues dígale V. que venga, que no hay cuidado.
JUSTINO. ¡Calla! Sin duda es ella quien sube. Habrá mudado de parecer. (*Corren los dos hácia el foro.*)
JULIA. ¡La misma! (*Muy alegre.*)

ESCENA III.

DICHOS, LA CONDESA por el foro.

JULIA. ¡Ay señorita de mi alma!
CONDESA. ¡Mi buena Julia!
JULIA. Vendrá V. cansada, ¿no es verdad? Voy á disponer...
CONDESA. No es preciso.
JULIA. Todo está como V. lo dejó.
JUSTINO. La venta no es hasta pasado mañana.
CONDESA. Es decir, que mis papeles.
JULIA. Están en el armario.
JUSTINO. (*Mirándolo.*) ¡Calle! ¡Pues si está sellado!
JULIA. Y yo soy la encargada de su custodia.
CONDESA. ¿Tú?
JULIA. Vea V. la notificacion que me han enviado. (*Le da el papel que leyó.*)
CONDESA. ¿Qué más hay?
JUSTINO. Este telégrama que han traido hace poco. (*Lo toma del velador y se lo da á la Condesa.*)
CONDESA. Bien: déjanos solos.
JUSTINO. (Estando ella aquí, ya no venderán los muebles.) (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

LA CONDESA y JUSTINO.

JUSTINO. (¡Cosa más rara! Lo mismo es quedarme solo con esta mujer, me entra un temblor en las pantorrillas...)

CONDESA. ¡Hola! ¡hola! (*Despues de leer el telégrama.*)

JUSTINO. ¿Qué ocurre?

CONDESA. Que tengo un protector desconocido.

JUSTINO. ¿De véras?

CONDESA. Sí: un D. Simon de Valdivieso me telegrafía desde Irún brindándome con su apoyo y su fortuna.

JUSTINO. ¡Hola!

CONDESA. Al mismo tiempo me anuncia su próxima visita.

JUSTINO. ¿Y piensa V. recibirle?

CONDESA. ¿Recibirle? ¡Buena locura! Lo que deseo es tener cuanto ántes en mi poder las cartas del príncipe Rainero; lo demas me importa poco. (*Se dirige al armario.*)

JUSTINO. ¡Condesa! ¿Qué va V. á hacer?

CONDESA. Sacarlas inmediatamente. Las tengo en una cartera de piel de Rusia.

JUSTINO. ¡Pero forzar los sellos!... Señora, ese es un delito muy grave. Lo mejor es pagar á los acreedores y esperar á que el juez levante el embargo

CONDESA. Pero es que para pagar á los acreedores necesito mucho dinero, y yo no lo tengo.

JUSTINO. Disponga V. del mio. Todos mis bienes están á su disposicion.

CONDESA. ¡Oh! Yo no puedo aceptar... Lo mejor es abrir el armario. (*Se dirige á él de nuevo.*)

JUSTINO. ¡Otra idea!

CONDESA. Vamos á ver.

JUSTINO. Reciba V. á ese señor de Valdivieso. Tal vez no sea más que un prestamista que quiere hacer su negocio.

CONDESA. Pero me expongo á que reconozca en Pepita Jimenez á la Condesa del Olmedillo.

JUSTINO. Hay un medio de evitarlo.

CONDESA. ¿Cuál?

JUSTINO. Vuelva V. á ser Pepita Jimenez por algunas horas.

CONDESA. ¡Cómo!

JUSTINO. Recobre su antiguo color de oro esa hermosa cabellera; ciña ese talle uno de aquellos vestidos que tanto realzaban su natural elegancia, y luzca de nuevo en esos labios la hechicera sonrisa que era á un tiempo mi encanto y mi martirio.

CONDESA. ¡Tendria gracia! (*Riéndose.*)

JUSTINO. Esa, esa es la risa de Pepita! ¡Oh! ¡Deliciosa! (*Entusiasmado, quiere cogerla una mano. Ella le rechaza con dignidad.*)

CONDESA. ¿Eh? ¿Qué es eso? Me ha jurado V. no abusar en lo más mínimo de...

JUSTINO. Es verdad. Lo habia olvidado. (*Reprimiéndose.*) Conque acepta V. mi plan?

CONDESA. Y tanto, que voy ahora mismo á mi tocador...

JUSTINO. ¿Si necesita V. de mí?... (*Va hácia á ella: la Condesa le detiene con una mirada severa y vase por la primera puerta izquierda.*) Condesa... (*Con respeto.*) Está visto: nunca podré lograr nada de esta mujer. (*Vase por la puerta derecha.*)

ESCENA V.

JULIA y LUIS por el foro.

JULIA. Puede V., si gusta, esperar en esta habitacion.

LUIS. No tengo inconveniente.

JULIA. (Ya empiezan las visitas.) (*Va á marcharse.*)

LUIS. (Si yo pudiera averiguar...) ¡Chist! ¡Chica!

JULIA. ¿Mande usted? (*Volviendo.*)

LUIS. ¿Tú eres doncella....

LUISA. De la señora. (*Muy rápido.*)

LUIS. Lo suponia. ¿Sabes si ha venido á visitarla alguno ántes que yo?

JULIA. El único que ha estado aquí es el señorito Justino, un antiguo amigo suyo.

LUIS. (¡Calle! ¡Justino! ¿Sabrá tambien lo de las cartas?) ¿Y habló con la señora?

JULIA. (Mucho pregunta. Propina segura.) Sí, señor, habló.

LUIS. ¿Y se marcharia otra vez?

JULIA. Naturalmente.

LUIS. (No sé qué pensar.) ¿Reparaste si tu señora le dió algunas cartas?

JULIA. ¿Yo que sé?

LUIS. (Tiene razon. Soy un necio.) Puedes retirarte. (*Saca el reloj : Julia, creyendo, por el movimiento de Luis, que va á darle dinero, alarga la mano.*)

JULIA. (Ya era tiempo.)

LUIS. (Es temprano todavía.)

JULIA. (¡Pues me gusta!)

LUIS. ¿Eh? ¿Decias algo?

JULIA. No : nada. (No volverá á sucederme.) (*Vase muy incomodada por el foro.*)

ESCENA VI.

LUIS, despues LA CONDESA.

LUIS. Pues, señor, héme ya en casa de la célebre Pepita Jimenez. ¡Y no deja de vivir con lujo la afortunada actriz! Debe ser muy grato no tener que pagar nada de esto. Pero vamos á cuentas. El Conde no ha podido venir en el mismo tren que yo, y por lo tanto, no llegará á Madrid hasta mañana á estas horas. Por ese lado estoy tranquilo. Doña Blasa se habrá indignado contra mí, como si lo viera; pero eso no me importa, porque está en mi mano el desenojarla cuando se me antoje. No tengo que preocuparme más que en elegir el medio más seguro y más rápido para que Pepita me entregue las cartas del Príncipe; pero hay que ver cómo se presenta el negocio. Creo que será lo mejor ofrecerla dinero : ella debe estar arruinada, toda vez que no ha podido evitar el embargo de sus muebles. Despues, si el Conde quiere las cartas, tendrá que darme por ellas lo que yo le pida, con lo cual él mismo me pondrá en situacion de seguir haciendo la córte á su mujer. Esto no pasa de ser una picardía, y conozco que me asaltan ciertos escrúpulos... Pero ¡qué demonio! El mundo ha dado en llamar listo al que sabe hacer su gusto, y tonto al que hace el gusto de los demas: conque seamos listos á todo trance, toda vez que los tontos van quedando en minoría. Oigo crujir un vestido. Debe ser mi heroina.

ESCENA VII.

DICHO, LA CONDESA por la izquierda, vestida con elegancia y coquetería. Trae cabello rubio.

CONDESA. Héme ya convertida en Pepita Jimenez. (*Mirándose el vestido y sin ver á Luis.*)
LUIS. ¿Es á la célebre Pepita Jimenez á quien tengo el gusto de hablar?
CONDESA. (Cielos!) (*Volviéndose y reconociéndole.*)
LUIS. (¡Qué veo!) (*Idem.*)
CONDESA. (Mi perseguidor!) (*Procurando ocultar el rostro con el abanico.*)
LUIS. (¡Extraña semejanza!)
CONDESA. (Serenidad.) ¿A quién tengo el honor?...
LUIS. Me llamo Simon de Valdivieso.
CONDESA. (¡Ah, era él!) ¿Es V. quien me ha dirigido un telégrama?...
LUIS. (Eh?) ¿Un... Sí, señora. (Habrá sido el Conde.)
CONDESA. (Si me ha conocido, estoy perdida.)
LUIS. (Es su misma voz, pero esos no son sus cabellos.)
CONDESA. (Hay que arriesgarse de una vez.) (*Le muestra el rostro decididamente.*)
LUIS. (¿Pero estaré soñando?) (*Al verla de frente.*)
CONDESA. (¡Yo tiemblo!)
LUIS. (¿Será la Condesa, ó es que estoy enamorado de ella hasta el punto de verla en todas partes?)
CONDESA. (¡Cómo me observa!) Decia usted...
LUIS. (Audacia.) Que... desearia que me permitiese V. hacerla una pregunta.
CONDESA. Con mucho gusto. (*Toma asiento é invita á Luis con un ademan á que haga lo mismo.*)
LUIS. ¿Ha sido V. alguna vez Condesa? (*Despues de sentarse.*)
CONDESA. (¡Dios mio!) ¡Ya lo creo! En la escena lo he sido mil veces.
LUIS. ¿Y en el mundo?
CONDESA. ¿Qué quiere V. decir?
LUIS. Que se parece V. tanto á cierta Condesa que yo conozco, que hay razon suficiente para asegurar que las dos no son ustedes más que una.
CONDESA. ¡Ah, vamos, ya caigo! ¿Usted tambien... (*Riéndose.*)
LUIS. ¿Cómo?

CONDESA. No ha sido V. el primero que ha incurrido en esa equivocacion. ¡Confundirme con una Condesa! ¡Ja, ja, ja! (*Riéndose.*)

LUIS. (No me queda duda: es ella.)

CONDESA. Conque sepamos de una vez...

LUIS. (Yo la obligaré á que se descubra.) El objeto que me trae á esta casa encierra para V. un interes extraordinario.

CONDESA. Pero el ofrecimiento que V. me hace en su telégrama...

LUIS. (¿Qué ofrecimiento será ése?) No extrañe V. que prescinda en este momento de ciertos detalles... De eso está encargado mi amigo el Conde del Olmedillo. (*Muy marcado.*)

CONDESA. ¡Cómo! (*Sorprendida.*)

LUIS. ¿Le conoce V. por ventura?

CONDESA. No, señor, no. (*Disimulando.*)

LUIS. Es bastante feito el pobre.

CONDESA. (¡Qué desvergüenza!)

LUIS. ¡Cuán al contrario de su esposa! Tan linda, tan hechicera, tan...

CONDESA. ¡Caballero!

LUIS. Perdone V.: soy tan apasionado de la Condesa, que me habia olvidado de que hablaba con una señora.

CONDESA. (¡Quiere obligarme á que me descubra, pero no ha de conseguirlo!)

LUIS. Pues, como decia, mañana, á lo más tardar, tendrá el Conde el honor de ofrecer á V. sus respetos.

CONDESA. No me parece mal inventada la fábula. (*Riéndose.*)

LUIS. ¿Cómo fábula?

CONDESA. Es claro. ¿Cómo ha de venir el Conde á verme mañana, cuando he oido asegurar que se halla á estas horas camino de Inglaterra?

LUIS. Siento mucho decir á V. que se halla completamente equivocada.

CONDESA. Pudiera ser. (Pues señor, el trueno gordo.)

LUIS. Ese caballero tiene precision de venir á Madrid, porque está comisionado por el Príncipe heredero de Polonia para recoger ciertas cartas... (*Marcando mucho la frase.*)

CONDESA. ¡Gran Dios! (*Poniéndose de pié.*)

LUIS. ¿Qué? ¿Se pone V. mala? (*Id.*)

CONDESA. Todo lo comprendo. (*Indignada.*) Es decir, que no

pudiendo V. triunfar de la Condesa, ha tendido un lazo á Pepita Jimenez!

LUIS. ¿Cómo?

CONDESA. Ha averiguado V. mi historia, y trata de promover un escándalo para vengarse de mí!

LUIS. Luego ¿quedamos en que es V. la Condesa?

CONDESA. Y bien, sí, lo soy. Pero yo le probaré á V. que se ha equivocado por completo. Salga V. ahora mismo de esta casa. (*Con fuerza. Despues se sienta y queda pensativa.*)

LUIS. ¡Cómo! (*Abochornado.*) (Esto ya es grave. ¡Oh! pero yo tengo en mi mano hacer que.... (*Repriméndose.*) Vamos, Luis, acuérdate de que eres bien nacido y que abusar de la desgracia sólo es propio de miserables.) (*Se acerca con temor á la Condesa y se deja caer junto á ella de rodillas.*) Mea culpa.

CONDESA. (*Poniéndose de pié con ira.*) ¿Todavía está V. aquí?

LUIS. Oígame V. siquiera un instante.

CONDESA. ¡Salga V. ó doy voces!

LUIS. Usted tiene bastante talento para comprender que un escándalo solo serviria para perjudicarla.

CONDESA. ¡Esto es indigno!

LUIS. Oígame V., y yo le prometo no volver á molestarla en mi vida.

CONDESA. ¡Eh! Acabemos cuanto ántes.

LUIS. (*Poniéndose de pié.*) Pues ha de saber V....

CONDESA. (*Cortándole la frase.*) Es falso.

LUIS. Si no me deja V. acabar.

CONDESA. Hable V., pero pronto.

LUIS. Le juro á V. por lo más sagrado, que yo ignoraba que Pepita Jimenez y la Condesa fuesen una misma.

CONDESA. Eso es increible. ¿Con qué objeto ha venido V. entónces á esta casa?

LUIS. Una casualidad hizo que yo escuchára una conversacion del Conde con su secretario: por ella supe que el Príncipe le mandaba á todo trance recobrar sus cartas á Pepita Jimenez, y formé el proyecto de apoderarme de ellas, entregarlas despues al Conde, hacerme acreedor á su reconocimiento, y acercarme por este medio á la Condesa. (Creo que para improvisado no me ha salido tan mal.)

CONDESA. ¿Todo eso es cierto?

LUIS. Todo. (Es decir, hay de todo.)

CONDESA. ¿Y dice V. que el Conde está en Madrid?
LUIS. Un incidente que áun no he podido explicarme, y del cual yo me aproveché oportunamente, le hizo perder el tren; pero debe llegar mañana mismo.
CONDESA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué hacer entónces?
LUIS. Es muy sencillo. Quemar las cartas del Príncipe y salir de Madrid inmediatamente.
CONDESA. Pero ¿cree V. que si yo las tuviese en mi poder estaria aquí todavía?
LUIS. ¡Cómo! ¿Pues quién las tiene?
CONDESA. Están en ese armario, y hay que esperar que el Juez levante los sellos!
LUIS. ¡Qué fatalidad!
CONDESA. ¡Ya ve V. mi situacion!
LUIS. No tema V. nada. En último caso, se le pega fuego al armario, á la casa, á todo Madrid si es preciso.
CONDESA. Alguien viene.
LUIS. Pues corro á casa del Juez: acaso haya un medio de arreglarlo todo.
CONDESA. ¡Oh, sí, sí, vaya V.!
LUIS. Y ahora, ¿me guardará V. rencor?
CONDESA. De ningun modo. (*Le alarga la mano; él se la besa ántes que pueda retirarla.*)
LUIS. ¡Oh, qué hermosa!
CONDESA. ¿Qué hace V.?
LUIS. Nada: corro á casa del Juez. (*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, y DOÑA BLASA, que entra al mismo tiempo que sale Luis y se queda en la puerta viéndole alejarse.

BLASA. (¡Dios mio! ¡Es él, no me cabe duda! ¡Ingrato! ¿Pero qué habrá venido á buscar en esta casa!)
CONDESA. (¿Quién será?)
BLASA. ¿Doña Pepita Jimenez?
CONDESA. Señora... (*Saluda.*)
BLASA. Soy uno de los acreedores de V. La viuda de Garduña.
CONDESA. ¿Y puedo saber lo que V. desea?
BLASA. Sí, señora. Acabo apénas de regresar de mi excursion veraniega, cuando un dependiente del Sr. An-

tunez, el abogado, ha estado en casa á entregarme la suma que adeudaba V. á mi esposo.

CONDESA. (¿Qué dice?)

BLASA. Y como V. tenía dadas á cuenta algunas cantidades que no constan en el pagaré, vengo á restituírselas religiosamente.

CONDESA. Y ¿puedo saber quién se ha tomado la libertad de intervenir en mis asuntos?

BLASA. ¡Extraña pregunta! De sobra conocerá V. al señor Don Simon de Valdivieso.

CONDESA. ¡Qué oigo!

BLASA. Él se ha entendido con el abogado á nombre de V. (*Saca una cartera y empieza á contar billetes.*)

CONDESA. (¡Ha pagado las cuentas de Pepita Jimenez para acercarse á la Condesa!)

BLASA. Por lo tanto, aquí tiene V...

CONDESA. Poco á poco. Yo no puedo ni debo admitir dinero alguno, y mucho ménos viniendo de ese caballero.

BLASA. ¿Cómo?

CONDESA. Yo no le he autorizado para nada; ¿estamos? El embargo seguirá sus trámites.

BLASA. Permítame V. que me asombre.

CONDESA. Por lo tanto, puede V. devolverle esa cantidad inmediatamente.

BLASA. ¡Pero eso es imposible! ¿Dónde voy yo á encontrar?...

ESCENA IX.

DICHOS. JULIA por el foro; luégo EL CONDE y JULIA.

JULIA. ¡Don Simon de Valdivieso! (*Desde la puerta.*)

CONDESA. ¡Él! (No ha podido volver con más oportunidad. (*A Julia*) Que pase. (*Vase Julia.*) Suplico á V. me haga el obsequio de recibirle.

BLASA. Es que...

CONDESA. Si consigue V. que revoque lo hecho, le deberé más que la vida. (*Vase por la primera puerta izquierda.*)

BLASA. Pero señora... ¡Qué tenga una que danzar en estos trapicheos!

JULIA. (*Apareciendo con el Conde en la puerta del foro.*) Pase usted. La señora le espera.

CONDE. Perfectamente. (*Vase Julia. El Conde entra lentamente en escena.*)

BLASA. (¡Qué aspecto tan extraño tiene este señor de Valdivieso!)

CONDE. Tengo mucho honor... (*Avanzando hasta muy cerca de ella y calándose los lentes.*) (¿Y es esta la famosa Pepita Jimenez?)

BLASA. Sírvase V. tomar asiento. (*Se sienta.*)

CONDE. Mil gracias. (*Sentándose al lado de ella.*) (¿En qué estaria pensando el Príncipe al enamorarse de esta mujer?)

BLASA. Precisamente me disponia á ir en busca de V. en este momento.

CONDE. ¡Oh¡ Es V. demasiado amable, señorita.

BLASA. Señora. (*Enmendándole.*)

CONDE. Perdone V.; yo ignoraba...

BLASA. Creo que mi aspecto no es el de una soltera.

CONDE. En cuanto á eso... (Pues, señor, ¡madura, fea y casada! ¡Qué rarezas tienen los príncipes!)

BLASA. Conque señor de Valdivieso...

CONDE. (Conviene darse un poco de importancia con estas gentes.) Señora, la mision que me trae á esta casa es muy importante; y aunque me he presentado con ese nombre, ha sido para ocultar uno de los más elevados títulos de nobleza que existen en Europa.

BLASA. ¡Oh!

CONDE. Y suplico á V. que no me pida otras explicaciones. Deseo guardar el incógnito.

BLASA. (¿Quién será?) Bien; de cualquier modo que sea, me permitirá V. que le devuelva la suma que me remitió esta mañana.

CONDE. ¿Por qué?

BLASA. Pepita Jimenez no puede aceptar...

CONDE. Comprendo; se trata de un exceso de delicadeza; pero ya se desvanecerá cuando sepa V. lo que vengo á proponerle.

BLASA. ¿A mí?

CONDE. Ruego á V. que no se impaciente si tardo en coordinar mis ideas, porque me encuentro aún bajo la impresion de cierta aventura... que por poco me cuesta la vida...

BLASA. ¡Cielos!

CONDE. Todo ello ha sido una intriga política, no me queda

duda. ¡Oh! y gracias á la intervencion de personas honradas y á la cruz de San Basilio, que ofrecí á mi verdugo, pude escapar con el pellejo.

BLASA. ¡Eso es horroroso!

CONDE. Este incidente me obligó á retrasar mi viaje; pero yo, que por nada me arredro, mandé preparar un tren especial, y ya me tiene V. instalado desde anoche en el hotel de Rusia.

BLASA. Bien; pero sepamos...

CONDE. A eso voy. Ante todo, pido á V. mil perdones si me veo obligado á tocar cierta herida áun no cicatrizada.

BLASA. ¿Una herida?

CONDE. Sí; se trata del hombre á quien V. ha amado tanto.

BLASA. ¿De Luis?

CONDE. No, señora. (*Con cierto misterio.*) Rainero.

BLASA. ¡Se llama Rainero! ¡Me ha ocultado su verdadero nombre!

CONDE. ¿Lo ha ocultado? Entónces acaso ignore V. tambien que ese jóven es...

BLASA. ¿Quién?

CONDE. ¿Tendrá V. valor?

BLASA. ¡Haré todo lo posible! ¿Quién es?

CONDE. ¡El heredero del trono de Polonia! (*Con mucho misterio.*)

BLASA. ¡Dios mio! ¿Será cierto? ¡Ay! ¡Yo me pongo mala, me ahogo; aire, aire; caballero, desabrócheme V.!

CONDE. Señora, eso no entra en mis costumbres. ¡Tranquilícese V.!

BLASA. (¡El heredero de Polonia! ¡Quién lo hubiera dicho el dia que estuvo en mi casa á empeñar el reloj!)

CONDE. (¡Pobre mujer!)

BLASA. (¡Todo era una farsa para ocultar su elevada estirpe!)

CONDE. Ahora sólo me resta suplicar á V., en nombre de Su Alteza, que se sirva devolverme sus cartas.

BLASA. ¡Qué oigo! ¿El único recuerdo que conservo de él? ¡Jamas!

CONDE. Señora, esas cartas no significan ya nada para V., y pueden comprometer á Su Alteza.

BLASA. ¡Cómo!

CONDE. En ellas se consignan ciertos recuerdos de amor y de locura...

BLASA. ¿Qué está V. diciendo?

CONDE. Lo que cualquiera adivinaria.

BLASA. Pues está V. equivocado. Entre el Príncipe y yo no ha habido nada de particular.

CONDE. No son esas mis noticias.

BLASA. ¡Caballero!

CONDE. Señora, tengo el gusto de hacer á V. presente que á mí no es fácil engañarme. He sido educado sobre rodillas de princesas.

BLASA. Pues yo le aseguro á V...

CONDE. En este momento toda la Polonia está pendiente de usted. Puede asegurarse que tiene V. en suspenso toda una dinastía, y acaso el equilibrio de Europa va á alterarse por su causa.

BLASA. (¡Dios mio! ¡Yo en equilibrio sin sospecharlo!)

CONDE. Esas cartas, señora, esas cartas; un padre, un rey se las pide humildemente por mi boca. ¿Qué más puedo decir á V.?

BLASA. ¿Un padre? ¿un rey?... (¡Qué sospecha!) Usted es...

CONDE. Ya he dicho que deseo guardar el incógnito.

BLASA. (¡Oh! ¡No hay duda: es él, es el Rey de Polonia!)

CONDE. Y bien; ¿qué resuelve V.?

BLASA. Puesto que los polacos necesitan mi sacrificio, me resigno á todo. (*Dramática.*)

CONDE. ¡Ah, señora! Ese rasgo la coloca á V. á la altura de Cleopatra y de Semíramis.

BLASA. ¿De véras?

CONDE. Dígnese V. en recompensa admitir esta sortija. (*Va á dársela: ella la rehusa.*)

BLASA. ¡Jamas! Eso sería una venta, y yo no me he vendido á la Polonia.

CONDE. (¡Sublime mujer!) Sin embargo, tanta nobleza no debe quedar sin galardon. (*Se quita una cruz de la solapa y se la ofrece.*)

BLASA. ¿Qué es eso?

CONDE. La cruz de San Basilio, la más estimada de Polonia.

BLASA. ¡Tanta honra!... (*Inclinándose.*)

CONDE. Qué, ¿la rehusa V.?

BLASA. Al contrario. La acepto confusa y agradecida. (*El Conde le coloca la cruz en el pecho ceremoniosamente.*)

CONDE. El diploma le será á V. enviado con ulterioridad.

BLASA. Señor, ántes de ausentarme, no sé si me atreva á solicitar una gracia...

CONDE. ¿Cuál?

BLASA. ¡Esa mano, señor, esa mano!..

CONDE. Con mil amores. (*Le alarga la mano: ella se arrodilla y la besa.*) ¡Señora, por Dios! (*Levantándola.*) ¡Yo no puedo consentir...

BLASA. Dentro de un instante volveré con la correspondencia del Príncipe: dentro de un instante. (¡He besado la mano al Rey de Polonia! ¡Me ha condecorado! ¡Qué honor tan grande para mí!) (*Vase andando de espaldas y haciendo en la puerta una profunda reverencia.*)

ESCENA X.

EL CONDE; luégo JUSTINO; despues LUIS.

CONDE. (*Se entreabre lentamente la levita; en el reverso del lado izquierdo deja ver un gran número de cruces; toma una de ellas y la coloca fuera, en reemplazo de la que dió á Doña Blasa. Saca otra de un bolsillo del pantalon y la pone en el hueco que quedó en las de dentro, y dice despues de abrocharse:*) ¡Qué loca es la tal Pepita! ¡Besarme la mano! ¿Si se haria la ilusion que besaba la del Príncipe? Sea como quiera, dentro de poco estarán las cartas en mi poder, y bien puedo vanagloriarme de haber manejado este asunto con inteligencia, y sobre todo con acierto. (*Se sienta.*)

JUSTINO. (*Saliendo por la derecha.*) (La doncella me ha dicho... (*Repara en el Conde.*) ¡Ah! ¡Este debe ser!) El señor de Valdivieso...

CONDE. ¡Caballero... (*Se va á levantar.*)

JUSTINO. No se moleste V. (*Se sienta familiarmente á su lado.*)

CONDE. ¿A quién tengo el honor...

JUSTINO. Soy un amigo de Pepita; sé que ha venido V. á prestarla un señalado servicio, y esto es lo bastante para que cuente V. desde luégo con mis simpatías...

CONDE. Simpatías que yo aprecio en lo que valen.

JUSTINO. Gracias. Y qué, ¿se han arreglado ustedes? Supongo que aquí se tratará sólo de un negocio de intereses...

CONDE. Sí, hemos quedado en un todo conformes. (*Luis aparece por el foro.*)

LUIS. (¡Qué veo! ¡El Conde aquí! ¡Sólo esto nos faltaba!) (*Se oculta detras del biombo.*)

CONDE. Y aunque se me va haciendo tarde, no puedo, sin embargo, abandonar esta casa sin haber llenado por completo mi mision.

LUIS. (Si ve á la Condesa, todo se ha perdido.)

JUSTINO. Creo que en eso hace V. perfectamente.

LUIS. (¡Habrá estúpido!)

CONDE. Hombre, lo que me ha sorprendido sobremanera es que Pepita haya podido casarse tan pronto.

LUIS. (¿Qué dice?)

JUSTINO. ¡Ah! ¿Usted sabe...

CONDE. Sí; y por cierto que desearia conocer al marido: debe ser un pobre hombre, capaz de cualquier cosa. (*Riendo.*)

LUIS. (¡Ah! ¡Qué rayo de luz!) (*Vase por el foro.*)

JUSTINO. (Maldito si entiendo una palabra.)

CONDE. Usted debe conocerle á fondo.

JUSTINO. ¡Ca! No, señor; no le he visto en mi vida.

CONDE. ¿Cómo?

JUSTINO. Digo, sí; le conozco mucho. ¡Es un hombre... terrible! (No sé si acertaré.)

CONDE. Pues yo creo que cuando sepa...

ESCENA XI.

DICHOS y JULIA, que entra por el foro corriendo y muy asustada.

JULIA. ¡Ay, Dios mio!

JUSTINO. ¿Eh? (*Se levanta.*)

CONDE. ¿Qué es ello? (*Sin moverse.*)

JULIA. ¡El amo, que acaba de entrar y está hecho una fiera!

JUSTINO. (¿El Conde aquí? Señor, ¿qué lío es éste?)

JULIA. ¡Ay qué hombre tan celoso! ¡Dice que va á matar á todo el que pille dentro de la casa! (*El Conde da un salto, y discurre aturdido por la escena.*)

JUSTINO. ¡Caracoles!

CONDE. Pero ¿ese hombre es un hotentote?

JULIA. ¡Pronto, que viene!

JUSTINO. Aquí sobra uno. (*Vase por la derecha; el Conde le sigue, y Justino le da con la puerta en las narices.*)

CONDE. ¡Demonio! Y cierra la puerta. ¡Ah! (*Se mete detras del biombo.*)

ESCENA XII.

LUIS por el foro muy furioso; JULIA sujetándole; luégo LA CONDESA por la izquierda.

LUIS. ¡Dónde está ese miserable!

JULIA. ¡Ay, señorito! ¡Por Dios, cálmese V.!

LUIS. ¡Déjame! ¡Necesito su vida! (*Bajo á Julia.*) ¿Dónde está?

JULIA. (¡Detras del biombo!) Si no hay nadie; créame V.

LUIS. ¡No mientas! ¡Juro á Dios que se ha de arder la casa!

CONDESA. ¡Pero qué gritos... (*Saliendo por la izquierda.*)

LUIS. Venga V. acá (*Haciéndola señas de que calle.*), señora, venga V. acá.

CONDESA. ¿Eh? (*Sin comprender.*)

LUIS. (El Conde está allí.) (*Bajo á la Condesa.*)

CONDESA. ¡Cielos! (*Fuerte.*)

CONDE. (¡Desdichada Pepita!) (*Asomándose por encima del biombo.*)

LUIS. (No tema V. nada. Esto es para alejarle de aquí.)

CONDESA. (¡Ah!)

LUIS. Déjanos solos. (*A Julia.*)

JULIA. Pero...

LUIS. ¡Largo!

JULIA. (Pues, señor, siga la broma.) (*Vase por el foro.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE oculto, LA CONDESA y LUIS.

LUIS. ¿No se atreve V. á mirarme cara á cara, no es verdad? Teme V. levantar su vista por no encontrarse con la de su esposo (*Dándose golpes en el pecho para que ella le comprenda.*) con la de este esposo ultrajado? (Hable V. algo.)

CONDESA. (Va á conocer mi voz.)

LUIS. (Fínjala V.)

CONDESA. (*Fingiendo la voz.*) ¡Por Dios! Yo te ruego... Aquí no ha entrado nadie.

LUIS. ¿Y tiene V. valor para negármelo, señora? Sepa usted que conozco de sobra á mi rival. ¡Es el Conde del Olmedillo!

CONDE. (*Se asoma y vuelve á esconderse.*) (¡Oh celebridad funesta!)

CONDESA. Yo no sé de quién hablas. Te lo aseguro. (¿Va bien así?)

LUIS. (Perfectamente.) Es falso, señora, y nada lo prueba tanto como esa turbacion que en vano trataba V. de disimular.

CONDE. (¡Qué pocos recursos tiene esa mujer!) (*El mismo juego.*)

LUIS. (Abráceme V. ahora.)

CONDESA. (¿Cómo?) (*Apartándose.*)

LUIS. ¡No me abrace V.! (¡Vamos!)

CONDESA. (Es preciso.) (*Lo abraza.*)

LUIS. (Algo se pesca.) ¡Le he dicho á V. que no me abrace! (¡Otra vez!)

CONDESA. (Pero, caballero, V. abusa...)

CONDE. (Si sigue abrazándole, me he salvado.) (*El mismo juego.*)

LUIS. ¡Basta: sus caricias de V. sólo consiguen acrecentar mi furor! ¡Por última vez, señora! ¿Dónde se oculta ese hombre?

CONDE. (Si yo pudiera escurrirme... (*Empujando el biombo hácia el foro.*)

LUIS. ¡Qué veo! ¡Ese biombo se ha movido! Niéguelo usted ahora, señora. (*Va hácia el biombo.*)

CONDESA. ¡Por piedad! (*Conteniéndole.*)

LUIS. Retírese V. inmediatamente.

CONDESA. ¿Qué intentas?

LUIS. ¿Y V. me lo pregunta? ¡Vengarme! ¡Exterminar á mi rival odioso! (Hay que terminar la farsa.)

CONDESA. ¿Pero qué vas á hacer?

LUIS. ¡Voto á mi nombre! (*La amenaza.*)

CONDESA. ¡Ay! (*Vase por la izquierda y cierra la puerta.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE y LUIS.

LUIS. ¡Ahora nos toca á los dos! (*Saca una pistola y la amartilla junto al biombo para que el Conde lo oiga.*)

CONDE. (¡Ese ruido! ¡Sin duda ha echado la llave!)

LUIS. (No le han de quedar ganas de volver á esta casa.) Salga V., caballero.

CONDE. (¡Va á asesinarme!)

LUIS. ¡Ah! ¿No quiere V. salir? Lo verémos. (*Entra detras del biombo: sale el Conde por el otro lado y le echa el biombo encima.*)

CONDE. ¡Dios me socorra!

LUIS. ¡Miserable! (*Debajo del biombo, luchando por salir.*)

CONDE. (*Corre atolondrado por la escena, tropezando con todos los muebles, yendo á parar junto al armario.*) (Esta puerta... ¡Ah! es un armario.) (*Hace esfuerzos, lo abre y queda oculto detras de la puerta.*)

LUIS. (¿Se habrá escapado por aquí?) (*Entra por la segunda puerta izquierda, sale el Conde del armario y se pone á sujetarla con todas sus fuerzas.*)

CONDE. ¡Ya está seguro!

ESCENA XV.

DICHOS y JUSTINO por la derecha.

JUSTINO. ¿Se ha marchado?

CONDE. No: le tengo prisionero.

JUSTINO. (*Viendo el armario abierto.*) (¡Qué veo! ¡Los sellos rotos! ¿Habrán sustraido las cartas?) (*Busca en el armario.*)

CONDE. Venga V. á ayudarme.

JUSTINO. (¡Una cartera! Estas deben ser.) (*Cogiendo una cartera grande.*)

CONDE. ¡Ande V., que se me acaban las fuerzas!

JUSTINO. ¡Aquí estoy! (*Empujando.*)

CONDE. Yo no puedo más. (*Se retira de la puerta.*)

JUSTINO. (Salvemos las cartas.) Tome V. (*Le da la cártera.*)

CONDE. ¿Qué es esto? (*Tomándola.*)

JUSTINO. Papeles de Pepita. Entrégueselos V. en seguida.

CONDE. ¿Y cómo?

JUSTINO. En el hotel de París. Allí nos verémos luégo.

CONDE. Bien. (De paso me llevará las cartas del Príncipe.) (*Vase por el foro.*)

ESCENA XVI.

JUSTINO, LA CONDESA, luégo LUIS por la segunda puerta izquierda.

CONDESA. (*Viendo salir al Conde.*) ¡Se marcha! ¡Ay! ¡Gracias á Dios!

JUSTINO. Huya V., señora; el Conde está aquí dentro.

CONDESA. ¿Cómo ha de estar si acaba de salir por esa puerta?

JUSTINO. ¡Cómo! ¿Era ése? Entónces ¿quién está aquí dentro? (*Se retira de la puerta. Esta se abre violentamente y sale Luis.*)

LUIS. ¡Por mi nombre!

JUSTINO. ¡Qué veo! ¡Luis!
LUIS. ¿Eres tú quien sujetaba la puerta?
JUSTINO. Yo mismo. ¿Qué hacías ahí?
LUIS. Luégo te lo diré. ¿Dónde está el Conde?
JUSTINO. ¡Se ha marchado! ¡Pero ahora que me acuerdo!
CONDESA. ¿Qué sucede?
LUIS. Habla.
JUSTINO. Que viendo el armario abierto, quise salvar las cartas y se las he dado al Conde.
CONDESA. ¡Virgen santísima!
LUIS. ¡Qué barbaridad!
JUSTINO. Hemos quedado en que V. iria por ellas al hotel de París.
LUIS. ¿Y tú le has dicho que esas cartas eran las del Príncipe?
JUSTINO. No.
LUIS. Entónces no se ha perdido todo. Corramos en su busca.
CONDE. (*Dentro.*) ¡Ahora lo verémos!
CONDESA. ¡Es él!
LUIS. ¿Cómo se atreve á volver?
JUSTINO. Que venga: tanto mejor. Dejadnos solos.
LUIS. Pero...
JUSTINO. Pronto: que llega. (*Vanse: la Condesa por la primera puerta izquierda, y Luis por la segunda.*)

ESCENA XVII.

JUSTINO y EL CONDE.

CONDE. Al momento soy con V., señor Juez. (*En el foro, hablando hácia adentro.*)
JUSTINO. ¿Qué es eso? ¿El Juez aquí? (*El Conde entra en escena.*)
CONDE. Sí, señor: viene á levantar el embargo por encargo mio: cuando yo salia me lo encontré subiendo la escalera.
JUSTINO. Luego V...
CONDE. Yo soy quien ha pagado las cuentas de Pepita. Ahora verémos si su señor marido sostiene delante del Juez sus calumniosas suposiciones.
JUSTINO. ¡Ca! Ya está más suave.
CONDE. No importa. Las cosas han de quedar en su verdadero lugar.

JUSTINO. En ese caso, puede V. devolverme la cartera.

CONDE. Permítame V. Quiero ser yo mismo quien se la entregue á Pepita.

JUSTINO. (¡Demonio!) Es que esa cartera contiene papeles de importancia.

CONDE. Razon de más para que yo insista de mi propósito.

JUSTINO. ¡Pues me gusta!

CONDE. (Con esto podré obligarla si vacila en entregarme las cartas del Príncipe.)

JUSTINO. ¿Sabe V., señor mio, que no puedo ménos de extrañar su conducta?

CONDE. Lo creo: pero yo tengo poderosísimas razones para obrar de este modo. (*Con misterio.*) Sepa V. que en esta cuestion se halla comprometido el equilibrio europeo.

JUSTINO. ¿Eh?

CONDE. Ya dije á V. ántes, que Pepita y yo habiamos quedado conformes.

JUSTINO. (¡Es verdad! ¡No me acordaba!) ¿Usted ha hablado con ella misma?

CONDE. Hombre, creo que se lo he dicho á V. bien claro.

JUSTINO. Y no ha visto V. que era... (*Se tapa la boca.*)

CONDE. ¿Eh?

JUSTINO. (¡Por poco hago una barbaridad!)

CONDE. Jóven, veo que se afana V. inútilmente por descifrar el enigma. Los arcanos de la diplomacia sólo están al alcance de las inteligencias superiores. (*Poniéndose la mano en el pecho.*)

JUSTINO. (En efecto, aquí hay algo que no acierto á comprender. La repentina aparicion de Luis; el haberme ocultado la Condesa que ha hablado con su esposo... Pero ¿cómo no la ha conocido? Yo necesito que me expliquen...) Con el permiso de V., vuelvo en seguida. (*Vase por la segunda puerta izquierda.*)

CONDE. Vaya V. con Dios, jóven; pero no descifra V. el enigma.

ESCENA XIII.

EL CONDE; luégo DOÑA BLASA.

CONDE. Ahora sí que estoy decidido á no salir de aquí sin las cartas. Con tal de que Pepita pueda burlar la vigilancia de su marido...

BLASA. ¡Señor!... (*Saliendo por el foro.*)
CONDE. ¡Ella! ¡Gracias á todos los santos!
BLASA. Aquí están las cartas del Príncipe. (*Le da un paquete de cartas atado con una cinta.*)
CONDE. Vengan. (¡Ya no se me escapan!) (*Se las guarda.*)
BLASA. (¡Con ellas va mi última esperanza!)
CONDE. Yo á mi vez tengo que entregar á V. esta cartera. (*Se la da.*)
BLASA. ¿Eh? (Será el diploma de la cruz.) (*Tomándola.*)
CONDE. Ahora, señora, sólo me resta, ántes de abandonar esta casa, dejar asegurada para siempre su tranquilidad de usted.
BLASA. ¡Cómo!...
CONDE. Una sospecha injusta pesa sobre nuestro honor, y yo me encargo de desvanecerla.
BLASA. Pero...
CONDE. Ni una palabra más. Se lo suplico á usted.
BLASA. Obedezco. (*El Conde la conduce á la habitacion de la derecha y cierra la puerta.*)

ESCENA XIX.

EL CONDE. LA CONDESA, sin disfraz, por la primera puerta de la izquierda. LUIS y JUSTINO salen al mismo tiempo por la segunda, y se detienen al ver á la Condesa.

CONDESA. Ya es preciso jugar el todo por el todo.
LUIS. (¿Qué intentará?) (*A Justino, por la Condesa.*)
CONDE. Ahora, vamos á ver al juez. (*Se dirige hácia el foro.*)
CONDESA. (*Interceptándole el paso.*) ¡Perfectamente!
CONDE. ¡Qué veo!... ¡Mi esposa!...
CONDESA. Sí, señor; su esposa de V. indignada, ultrajada, que viene á pedirle cuenta de su abominable conducta. ¿Era ésta la conferencia que iba V. á celebrar en Lóndres?
CONDE. Yo te diré...
CONDESA. ¿Desde cuándo hay que pasar por Madrid para ir á la capital de Inglaterra?
CONDE. Por todas partes se va á Roma.
CONDESA. Conde, ¡qué infamia!
CONDE. Perdóname: te he ocultado la verdad. ¿Qué quieres? son secretos de la diplomacia. Pero ahora que está terminado el asunto, puedo confesártelo todo. Estaba comisionado para recoger ciertas cartas de un Príncipe...

CONDESA. ¿Dónde están esas cartas?
CONDE. Míralas. (*Las saca del bolsillo. La Condesa se las arrebata.*)
CONDESA. ¿A ver? (*Leyendo los sobres.*) «Señora doña Blasa Perales...»
CONDE. ¿Eh? (*Sorprendido.*)
LUIS. (¿Qué escucho?)
CONDESA. ¿Pero V. quiere burlarse de mí?
CONDE. ¿Yo? (*Tomando las cartas de manos de la Condesa y acercándoselas á los ojos.*) Con efecto, no es la letra del Príncipe.
CONDESA. (Entónces, ¿qué ha sido de la cartera?) ¿Dónde está la cartera?
CONDE. ¿Eh? (*Aturdido.*)
CONDESA. Sí; me han dicho que V. tenía una cartera hace un instante.
CONDE. Con efecto; pero se la he devuelto á su legítima dueña. (*Movimiento de la Condesa.*) No, no vayas á creer... Esa señora es casada...
CONDESA. Pronto: ¿dónde está?
CONDE. Allí (*Señalando á donde está doña Blasa.*); pero te juro que es inocente.
LUIS. (¡Qué veo! ¡Doña Blasa!) (*Que se ha acercado de puntillas y mira por la cerradura.*)
CONDESA. Quiero interrogarla yo misma.
CONDE. Condesa, mira que la Europa nos contempla. (*Luchando por detenerla.*)
LUIS. (¡Si yo pudiese hablar con ella!...)
CONDE. Yo la haré que salga, pero ten prudencia. ¡Caballero! (*A Luis, que va á entrar por la puerta de la derecha.*) ¿Adónde va usted?
LUIS. A donde quiero.
CONDE. (¡Esta voz! ¡Es el marido!) No trate V. de provocar un lance: el juez está á dos pasos de nosotros.
LUIS. No me importa. (*Abre la puerta. Doña Blasa aparece en ella.*)

ESCENA XX.

DICHOS y DOÑA BLASA.

BLASA. (¡Cielos! ¡Rainero aquí!) (*Por Luis.*)
CONDESA. (¡La viuda!)
CONDE. Señora, abrace V. á su marido, y dígale que áun es digna de su confianza.

BLASA. ¿Será posible? (*A Luis.*) ¿Conque V. consiente...

LUIS. (*Bajo á doña Blasa.*) Sí, en todo; pero déme usted la cartera, pronto.

BLASA. ¿Cuál? ¿Esta? (*Dándosela.*)

LUIS. Sí. (*La toma y se la da á la Condesa.*)

CONDESA. (¡Gracias á Dios!) (*Saca las cartas y oculta la cartera.*)

BLASA. Y ahora... (*Tomando á Luis de la mano.*) postrémonos ante su padre de V. para que nos bendiga.

TODOS. ¿Eh? (*Sorprendidos.*)

LUIS. ¡Señora!...

CONDE. ¿Mi hijo? ¿Qué dice esta mujer?

BLASA. Basta de fingimientos, príncipe Rainero.

LUIS. ¡Ya escampa!

CONDE. Si ése no es el Príncipe.

BLASA. ¡Cómo! ¿Pues no es Vuestra Majestad el Rey de Polonia? (*Al Conde.*)

CONDE. ¡Qué desatino! ¿Está V. soñando, Pepita?

BLASA. ¿Cómo Pepita?

LUIS. (Cállese usted.) (*Bajo á doña Blasa.*)

CONDE. ¿No es V. Pepita Jimenez?

BLASA. No, señor; Pepita Jimenez es esta jóven. (*Por la Condesa.*)

CONDE. ¡Qué oigo!

LUIS. (¡Por vida...)

JUSTINO. (¡Tiró la vieja de la manta!)

CONDE. ¿Condesa, qué significa esto? (*Pasando á su lado.*)

CONDESA. (*Aparte al Conde.*) Significa que, á no ser por mí, se te escapaban las cartas del Príncipe.

CONDE. ¿Cómo?

CONDESA. Me he visto obligada á fingirme Pepita Jimenez, á fin de atraparlas, y ya las tengo. (*Se las enseña sin soltarlas.*)

CONDE. ¡Oh! ¡Estas son! (*Acercándose y mirándolas.*) Gracias, Condesa, gracias: has asegurado el equilibrio de Europa. Dame las cartas. (*Las quiere coger.*)

CONDESA. No: quiero tener yo misma el honor de entregárselas al Príncipe.

CONDE. Yo te presentaré á él. (*A doña Blasa.*) En cuanto á usted, señora, la pido mil perdones, y aquí tiene usted sus cartas.

BLASA. (No se ha perdido todo.) (*Las guarda.*)

CONDE. Pero á todo esto, ¿dónde está la verdadera Pepita Jimenez?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS y JULIA con un telégrama.

JULIA. Un camarero del hotel de Rusia ha traido este parte para don Simon de Valdivieso. (*El Conde lo toma. Vase Julia.*)

CONDE. ¿A ver? ¡Del Príncipe! (*Lo abre y lee.*) «Es inútil buscar á Pepita Jimenez: se ha casado, y no se halla en Madrid.» ¡Toma! ¡Cómo habia yo de encontrarla! ¡Casada! ¡Ja! ¡ja! (*Riéndose.*) Buen imbécil debe ser el tal marido, ¿eh?

JUSTINO. (¡Este hombre está en babia!) (*A Luis.*)

CONDESA. Supongo que saldrémos de Madrid cuanto ántes.

CONDE. Ahora mismo, si es posible.

LUIS. (La perdí para siempre.)

CONDE. (*Bajo á la Condesa.*) ¿Dime: y estos señores, qué pito tocan?

CONDESA. Son dos amigos que me han ayudado poderosamente en mi empresa.

CONDE. (*Alto.*) A propósito; yo he despedido á mi secretario: conque si alguno de ustedes quiere serlo...

L. Y JUST. ¡Oh! Sí, señor, sí.

CONDESA. Poco á poco. Esa plaza la necesito yo...

CONDE. ¿Para quién?

CONDESA. Para mí.

CONDE. ¡Qué oigo!

JUSTINO. (*A Luis.*) Ni por esas.

LUIS. (Cuando una mujer se empeña en ser honrada...)

CONDESA. Sí, Conde: me he convencido de que la esposa de un diplomático debe dedicarse á la alta política.

(*Al público.*)

Mas si es tanta mi desgracia
Que excite vuestro rigor,
Haciendo así al pobre autor
Mártir de mi diplomacia,
Se limita mi deseo
Un aplauso á suplicar,
Sólo para asegurar
El equilibrio europeo. (*Cae el telon.*)

FIN DEL JUGUETE.